NOTAS SOBRE LA NOVELISTICA DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA (1)

POR

ALBERTO ZULUAGA OSPINA

I

Para un estudioso del idioma, la literatura es un estilo del acervo lingüístico, especializado a base de estética. En esta oportunidad, aunque sin desconocer los valores artísticos, pretendo detenerme fundamentalmente en los aspectos sociológicos de una parte de la literatura narrativa colombiana.

La novela no posee el mismo valor documental que un relato histórico, pero ofrece una descripción más minuciosa y sutil de los detalles psicológicos, de la atmósfera y de las trivialidades que integran la vida diaria. Quizá la obra literaria no dibuje las líneas generales de la situación de una comunidad, pero, con frecuencia, presenta la vida de gentes comunes y corrientes, más típicas, en cierto sentido, que las figuras históricas.

Alguien ha dicho acertadamente que la verdadera historia de Latinoamérica está en su novela; en verdad, la narrativa hispanoamericana refleja con especial fruición los conflictos entre las culturas nativas y las de europeos y africanos, los antagonismos entre los diversos grupos sociales nacionales y otros problemas regionales específicos.

Precisamente, la concentración en la crítica social con los consiguientes planteamientos más sociológicos que psicológicos, el predominio de temas rurales y de provincia, cierta tendencia al personaje tipo y una notoria preocupación por comprometer también al lector —más interesado, por su parte, en los temas que en la técnica— caracterizan nuestra novelística.

II

A pesar de las fuertes contradicciones en que se debate nuestro país —en Bogotá misma, un buen observador puede apreciar diferen-

(1) Conferencia dictada el 18 de mayo de 1967 en el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe, Madrid. El autor atestigua la escasez de disponibilidades bibliográficas en España, para el estudio de la literatura colombiana.

cias de siglos entre un peón de hacienda y un obrero de fábrica (2)—, la fisonomía de Colombia ha cambiado fundamentalmente en los últimos años.

El desarrollo capitalista colombiano parte de aquella época llamada por las crónicas «la danza de los millones», entre los años 1925 y 1929, durante los cuales fueron invertidos unos doscientos millones de dólares en lo que los economistas llaman equipo básico —carreteras, ferrocarriles, electrificación, etc., con esto la organización colonial y las viejas formas culturales nuestras comenzaron a derrumbarse (3).

Surgieron la actual industria, los cuadros financieros, el sindicalismo urbano, la clase mediatizadora de las antiguas relaciones personales entre el trabajador y el patrono. Entró el país en la vida moderna con toda la problemática inherente a ella.

La ordenación patriarcal de la familia se arruinó al impacto de fábricas y de oficinas; la antigua generosidad y la honradez comercial se convirtieron en anécdotas del tiempo campesino, se transformaron en «la fiebre del oro» —se sabe, por ejemplo, que entre 1947 y 1949 las cinco más grandes empresas del país: Coltejer, Fabricato, Colombiana de Tabaco, Cementos Diamante, Azucarera del Valle, con un capital de cincuenta y cuatro millones obtuvieron utilidades líquidas declaradas de ciento veintitrés millones, o sea, un promedio de doscientos veintiséis por ciento (4)—, el poeta, el abogado, el sacerdote, dejaron de ser las únicas figuras claves de la sociedad, a su lado apareció el técnico, eficaz aunque huérfano de cultura; el clero, más bien sedentario hasta entonces, comenzó a participar en la acción sindical; la literatura costumbrista, nacida en la perspectiva plácida de un mundo aldeano que se mira a sí mismo y la poesía de romances púdicos perdieron actualidad, dieron paso al documento y la poesía social comenzaron a reflejar un mundo cada vez más desgarrado e incitante (5).

Nota: Los aspectos sórdidos de la acumulación capitalista y el empobrecimiento de las familias trabajadoras pueden apreciarse, tal vez mejor que en las estadísticas, en novelas como *Hombres sin presente, Casa de vecindad, El pantano,* de Antonio Osorio Lizarazo; *Al pie de la ciudad,* novela desapacible en que Manuel Mejía Vallejo denuncia, amargamente, aunque sin tremendismo, la miseria de las gentes de un arrabal.

---

(2) Véase GERARDO MOLINA: *Proceso y destino de la libertad.* Ediciones Universidad Libre. Bogotá. Especialmente el capítulo «Contribución al estudio de la libertad en Colombia».

(3) Véase DARÍO MESA: *Los últimos treinta años de nuestra historia.* Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

(4) Véase RAFAEL BAQUERO: *La economía nacional y la política de guerra.* Bogotá.

(5) Cf. Nota núm. 3.

En ningún momento esa evolución del país ocurría en forma equilibrada; en el fondo de esa nación burguesa pervivían un país agrario, unos partidos políticos policlasistas, basados en «odios heredados», y determinados por grupos burocráticos dedicados a luchar por el control del Estado concebido como un botín presupuestal. Esa áspera lucha determinó la aparición del siniestro fenómeno de la violencia, que nos ha merecido a los colombianos la marca de bárbaros.

Hace apenas una semana, en un informe sobre las guerrillas en Hispanoamérica, una revista española encabezó el comentario acerca de Colombia, de esta manera:

> «Colombia, el país de la alucinante violencia, le llaman algunos. Razones para la definición se encuentran en la bárbara guerra civil de cinco años, a partir del asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Trescientos mil muertos se cosecharon» (6).

La violencia en Colombia no fue propiamente una guerra civil, ni duró cinco años, ni ocurrió exactamente a partir del asesinato de Gaitán, ni es seguro que los muertos hayan alcanzado a trescientos mil, ni, mucho menos, los hemos considerado como una cosecha.

III

Considero necesario estudiar ese hecho con un interés patriótico de superación, con ánimo de tener un diagnóstico acertado de Colombia. Anoto previamente que ese fenómeno no ha sido insólito en la historia humana; se ha repetido en todos los tiempos y, quizá, en todos los rincones de la tierra; con sobrada razón alguien ha dicho que «la violencia es la partera de la historia».

Ese proceso de destrucción en su fase caótica, incontrolable, ocurrió en Colombia en dos épocas: entre 1950 y 1953, y entre 1955 y 1958; antes de 1950, como en otras épocas, tuvieron lugar conflictos teléticos, asonadas, crímenes que han sido una explosión de frustraciones colectivas acumuladas (7).

Desde luego, los estudiosos han anotado múltiples causas a la violencia: la ferocidad de las organizaciones tribales precolombianas, las crueldades de la conquista, la eclosión de violencia durante la emancipación, la interpretación partidista de la historia, la opresión secular

---

(6) «S. P.»: *Las guerrillas en Hispanoamérica*. Madrid, 7 de mayo de 1967, página 26.

(7) Véase Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña: *La violencia en Colombia*. Dos tomos, Ed. Tercer Mundo. Segunda edición. Bogotá, 1962.

de que ha sido objeto el campesino, el sectarismo político, la impunidad, la avidez inescrupulosa de quienes la aprovecharon como medio de enriquecimiento, el machismo tropical, el ejemplo de las pavorosas orgías de sangre que acababan de sufrir algunos países europeos.

Siendo así, que la violencia ha estado empotrada en la estructura tradicional de la sociedad y en los patrones culturales nuestros, sólo basta señalar los factores desencadenantes; para ello me permito transcribir dos declaraciones: una extraída de un estudio titulado *Criminalidad,* publicado por el Estado Mayor de la Policía Nacional en 1959: «El empleo de la policía como fuerza de choque para garantizar triunfos electorales y respaldar autoridades sectarias fue, a nuestro criterio, la causa mayor de la violencia» (8) y la otra extraída de los Anales del Congreso, 6 de septiembre de 1962, en un debate protagonizado por el ministro de Guerra: «Todos sabemos cuál es el origen de la violencia en Colombia (...); quién ha impuesto a esa masa ignara (...), a esa masa que no ha tenido redención, ese morbo de la violencia. Y sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que fueran a matar para ganar elecciones..., sino los representantes y los senadores y los políticos colombianos» (9). Los comienzos podemos datarlos en 1946, cuando comenzaron a ocurrir conflictos considerados como retaliaciones de los ocurridos en 1930, año en que había entregado el poder el partido político que ahora lo recuperaba.

En su abrumadora mayoría el elemento humano del conflicto fueron campesinos elementales, de un nivel ínfimo de escolaridad, pertenecientes a la religión católica, exaltados en política, abundantes en el derroche de bebidas embriagantes, sensibles a nuestra música, poseedores de un fino sentido de captación, desconcertante capacidad de resistencia. Ignorados por los grupos dirigentes —quienes sólo se han acercado a ellos con propósitos demagógicos y de explotación económica—, estos campesinos colombianos viven en grupos vecinales llamados veredas; allí sostienen sus actividades laborales, desarrollan un rudimentario sentido comercial, aprenden la filosofía de lo práctico, encuentran afinidades psíquicas, emoción vital, amigos, novia y esposa, sufren el proceso natural de actitudes y hábitos y hallan relaciones sociales que forjan al ciudadano (10).

Sobre este elemento humano se ensañó el jinete apocalíptico de la violencia; de él surgieron también los grupos que actuaron física-

(8) Citado por Mons. Germán Guzmán y otros: *La violencia en Colombia,* tomo 2, p. 35.
(9) *Ibidem,* tomo 1, p. 389.
(10) *Ibidem,* tomo 1, p. 151.

mente en el conflicto: las ágiles guerrillas, las burdas cofradías de mayordomos, las frecuentemente sádicas tropas oficiales, las feroces cuadrillas de bandoleros y la siniestra organización de los pájaros, definida como un Ku-Klux-Klan criollo de pavorosa eficacia letal.

El curioso puede encontrar crónicas rojas de los hechos en los alegatos jurídicos, en los estudios sociológicos, en las pastorales de obispos, en periódicos y aun en las novelas que se han ocupado del tema.

IV

Pronto comenzó a aparecer la literatura-testimonio del odioso conflicto. Pero aunque podemos registrar más de medio centenar de novelas, ensayos, poemas en prosa (11), pocas obras han alcanzado el nivel de auténticas creaciones literarias.

Algunas, en el título mismo, anuncian su carácter documental y aun panfletario: *Marea de ratas,* de Arturo Echeverri Mejía; *Lo que el cielo no perdona,* de Ernesto León Herrera (seudónimo de F. Blandón Berrío); *Los cuervos tienen hambre,* de Carlos Esguerra Flórez; *Tierra asolada,* de Fernando Ponce de León; *Tierra sin Dios,* de José Ortiz Márquez; *Viento seco,* de Daniel Caicedo; *Guerrilleros, buenos días,* de Jorge Vasquez Santos..., interesan más por los hechos relatados que por la conformación propiamente literaria. Buena parte de estas novelas surgió como producto del choque emocional ocasionado por los acontecimientos; muchas fueron escritas al calor del odio; casi ninguna escapa al sectarismo ideológico y no faltan las que parecen mera expresión de un detestable regusto por escenas aberrantes.

Pero también el lector exigente encontrará verdaderos valores literarios en títulos como: *La ciudad y el viento,* de Clemente Airó; *En Chimá nace un santo,* de Manuel Zapata Olivella.

> En esta novela el autor logra superar el documentalismo descarnado, casi de crónica, propio de anteriores producciones novelescas suyas —como *Corral de negros, La calle diez, Detrás del rostro*—, en que describía escuetamente realidades sociales tremendas: prostitución, crimen, niñez desamparada, etc.

En *En Chimá nace un santo* encontramos un pueblo alienado por el mito y el crimen; en ella, la videncia es presentada como consecuencia directa de la ignorancia y el fanatismo religiosos; de esta novela

(11) G. Suárez Rondón: *La novela de la violencia en Colombia,* Bogotá, 1966. En esta tesis de grado, presentada en la universidad javerieana, el autor menciona 40 novelas sobre esta temática, publicadas entre 1951 y 1965.

ha dicho Néstor Madrid Malo que «es una obra goyesca, donde el barroco de las situaciones se atempera con la sobriedad del estilo» (12).

En *El Cristo de espaldas,* la mejor creación de Eduardo Caballero C., encontramos a un cura joven, sincero, enfrentado —como en una terrible pesadilla— a gamonales, a un cura viejo palurdo, a un obispo ladino, a feligreses fanáticos y estúpidos, en un poblado de los Andes orientales. Por supuesto, el joven sacerdote fracasa, de acuerdo con la proporción de las fuerzas enfrentadas; resulta incapaz, como la religión católica frente a la violencia colombiana.

En *Sin tierra para morir,* de Eduardo Santa, el lector encuentra prácticamente todos los elementos del conflicto: un pícaro terrateniente que se enriquece ilícitamente; un hijo suyo, típico granuja de pueblo, que ejercita entre las campesinas de la región las aberraciones aprendidas en la ciudad; un corregidor que asesina «por ver hacer gestos»; una comunidad de campesinos diezmados diariamente, sin esperanza de que la justicia los proteja, desplazándose a las ciudades para convertirse en pordioseros o en mano de obra barata. «Esta novela deja en el lector un espeso sedimento de amargura» (13).

En *El gran Burundún Burundá ha muerto,* de Jorge Zalamea, la ironía política y la crítica social llegan a su más alta expresión; el autor arremete contra la degeneración del gobernante, encarnada en la figura de un dictador tropical. El gran Burundún es, por antonomasia, el tirano; participa con creces de las características de cada uno de ellos: es fanático, charlatán, megalómano, taimado, cruel agorero, mojigato. Desde luego, la virulenta sátira de Zalamea se inspiró en motivos colombianos, pero se proyecta hacia un plano general de expresión, los personajes y las situaciones son simbólicos; en ningún momento desciende al plano de la diatriba personal (14).

El eje del poema son los funerales del gran Burundún «en la avenida más larga y más ancha del mundo». La muerte, como término de la vida humana, permite un enjuiciamiento de la totalidad de la obra del individuo, y eso es lo que hace Zalamea con Burundún y con cada una de las instituciones representadas en el desfile de funerales —incluso con el partido único, el más contundente instrumento de poder y de opresión, formado, en general, por gente joven para

---

(12) «Estado actual de la novela en Colombia». *Boletín Cultural y Bibliográfico.* Vol. IX, núm. 5, p. 887. Bogotá. También Eduardo Camacho ha publicado buenos panoramas de la novelística colombiana actual. Véase, especialmente, *Revista Letras Nacionales.* Bogotá, agosto 1966.

(13) Véase SUÁREZ RONDÓN: *Op. cit.*

(14) Véase el prólogo a la última edición de *El gran Burundún Burundá ha muerto.* (No recuerdo la fecha ni la editorial.) Bogotá. Esta obra es más bien un poema en prosa que una novela, propiamente.

que el ímpetu de la mocedad se transforme en el más crudo fanatismo.

Los funerales terminan en una despavorida desbandada, en un impresionante silencio; el gran Burundún es un enorme papagayo de papel, ahora torpemente erguido en su ataúd. En medio de la lobreguez, el único vestigio de humanidad se encuentra en la risa del caballo de Burundún; el animal, consumada la farsa, torna con paso bailarín a la ciudad vacía.

El autor contrasta acertadamente la condición de pureza de los irracionales con la ruindad de los hombres.

El tema esencial de este poema es la palabra libremente articulada, sagrado atributo humano, burdamente violado por Burundún.

Considero a Zalamea como el más caracterizado de nuestros actuales escritores; en *El gran Burundún Burundá ha muerto* despliega los recursos de la retórica tradicional —exclamaciones, enumeraciones, reiteraciones frecuentes, paralelismos sintácticos— y multiplica los períodos sinonímicos, las aliteraciones afortunadas, los adjetivos de color, las onomatopeyas —hay en el poema un párrafo que es un valioso recuento de verbos onomatopéyicos del español, que no siempre han encontrado equivalente en las traducciones (para cuarenta y uno que tiene el mencionado párrafo, el traductor alemán encontró cuarenta y uno, pero el francés, apenas treinta y dos, y el checo, treinta y nueve)—(15).

Abundancia verbal y de citas eruditas, escasez de condensación, tono altanero, rabioso, son rasgos característicos de la poesía de Zalamea; definida como para ser oída al aire libre, ella es la antítesis de la poesía de cámara; afortunadamente el barroquismo de este escritor no ahoga el concepto, lo reitera y aun lo delimita. Veamos una muestra:

> «¿Será menester detallar aquí las desusadas y desmesuradas empresas del gran Burundún-Burundá?
>
> Que vengan sus guardias de asalto, sus tropas de choque, los jefes de la policía, las cuadrillas seleccionadas de sus caciques, su mercenario Estado Mayor. Que vengan sus amarillos sacerdotes, sus amoratados verdugos, sus verdes delatores, sus negros matones, sus rojos escribanos, sus azules exactores, sus blancos sepultureros... y embocinen todos ellos sus trompas hacia el cielo.
>
> Y cuando su trompetería haya creado el universal, expectante silencio, que se congreguen en torno al féretro los millones de sus vasallos y, sopesando bajo las vestiduras sus calabacines de castrados, en bestial coro aúllen, rujan, chiflen, jadeen, ladren, graznen, ronquen, balen, cacareen, relinchen, tosan, berreen, roznen, bufen, croen, zumben, eruc-

(15) *Ibidem.*

ten, rebuznen, mujan, carraqueen, chillen, himplen, piten, gruñan, venteen, trinen, mayen, cloqueen, píen, gargaricen, crotoren, gañen, silben, voznen, gangueen, resuellen, pujen, gorjeen, parpen, bramen, ululen ... en póstumo homenaje y detallada necrología del gran charlatán que comenzaba a hacer la felicidad de los pueblos con la abolición de la palabra articulada...

Como hez que tras sí perdiesen todas aquellas corporaciones castrenses, eclesiásticas y civiles, desfilaban finalmente los tolerados desechos de la palabra; eslabón indispensable entre la época fatídica de los lenguaraces y la edad de oro del gañido:

¡Aquellos postillones de la pluma, aquellos jaleadores de la oratoria! Hongos de las redacciones periodísticas, piojos de los pasillos del Congreso habían sido los sacapruebas en las noches de El Escribidor; habían formado la claque en los días del Gran Vociferante.

Estafetas del chisme, lacayos del rumor, correveidiles de la calumnia, estilistas del «se dice», aurigas del escándalo, husmeadores de sábanas, correos del anónimo... se disputaron horneros de la fragua en que se reducía a cenizas la vieja casa. Y pararon luego en simples mozos de gabela.

Y ahora, verdes de envidia, amarillos de despecho, grises de miedo, relegados en la hora del botín y relegados en el orden del desfile, resultaban idénticos a sí mismos.

Eran...

Los que no son paridos, sino exudados. Los que nacen del escupitajo de una pluma que se hiende, del descuido de una escoba que se apresura. Los que brotan como una urticaria sobre esas cosas sucias e innominables que se olvidan en los rincones de las casas y que se tornan agrias y mohosas y estorbosas y malolientes en esos rincones: una nata de leche, media naranja mondada, una espina de pescado, un mechón de pelos, un hueso de aceituna, un algodón sanguinoso, un troncho de zanahoria, una piltrafa de carne.

Hijos del moho, bastardos del polvo, duendecillos de la basura, orín de las cuchillas de afeitar, liendres de los poderosos, ladillas de los botarates, caspa, sudor, hedor de los que mandan, lívidas efímeras de las pesadas aguas de las alcantarillas.

En una crónica verídica, como es esta, no se puede decir que estos engendros desfilaran: manaban. Como manan la pus y el menstruo: nauseabundo rescate de la vida limpia y sana» (16).

V

He encontrado aquí en Madrid, publicadas en Ediciones Destino, dos obritas de esta temática. Vamos a comentarlas:

El día señalado, galardonada con el premio Eugenio Nadal en

---

(16) Anoto mi agradecimiento para con Adiela Botero, bibliotecaria del Colegio Nacional «Francisco José de Caldas», Colombia, por haberme enviado oportunamente el texto anterior, copiado a máquina.

1963. Esta novela nos hace sentir la fatídica vida de un pequeño poblado sometido a la tensión de la violencia política y de sus secuelas.

El día señalado es el de la venganza de un forastero, quien ha vivido para matar al hombre que arruinó el destino de su madre; y es el día de la venganza de los guerrilleros, que, acantonados en las laderas de un páramo vecino, esperan la oportunidad de acribillar las tropas del gobierno.

La hora de la vindicta va llegando poco a poco entre un bien combinado desfilar de personajes-exhombres (tahúres, matones, guerrilleros, ejército) cometiendo fechorías en ronda diabólica, siguiendo la ley del más fuerte; todo en un ambiente atinadamente descrito.

El tedio, el odio, el silencio aburrido son los signos de la vida de aquellas gentes «obligadas a ser dobles para salvar el pellejo»; endurecidas por cierto fatalismo, cierto cariz de éxodo, cierta marca de condenación. El autor nos dice que «hasta en los niños se notaba una esquivez enfermiza, en todos un miedo con indiferencia, una ruptura de los más puros resortes humanos» (p. 33).

Aunque haya sido producto de la fusión de tres cuentos, *El día señalado* presenta una estructura unitaria; los elementos —todos de valor novelesco— funcionan coherentemente integrados al conjunto: el gamonal, inescrupuloso pescador en río revuelto; el ama de llaves, traicionera y estúpida; el sargento Mataya, romo y brutal, «contento de que el cumplimiento del deber fuera ligado al delito»; Otilia, envejecida por el alcohol y el deleite alquilado, pero de alma sana, aunque para ella «la vida es una vieja haraposa»; el cura lleno de amor por sus feligreses embrutecidos por el odio; afronta al gamonal para echarle en cara sus rapiñas, al alcalde para requerirlo acerca de los alaridos que salen de la cárcel, a la prostituta para decirle que «la vida podría ser dulce, todo depende de lo que le echemos»; a las notables para advertirles que «el peor enemigo de la religión no es propiamente el ateo, sino el fariseo, el fanático que sublima sus rencores poniéndolos al servicio del cielo».

En este sacerdote, magistralmente trazado por Mejía Vallejo, volvemos a encontrar, implícitamente planteada, la tesis de la impotencia del catolicismo frente al fenómeno de la violencia en Colombia.

Cada parte de la novela tiene un prólogo. Podríamos llamarlos «cuadros de la vida real». El primero es la historia de una pobre lavandera solitaria, cuyo único hijo es asesinado por el ejército, cuando ya era un hombre trabajador. El segundo presenta a un funcionario de la época de la violencia, criminal por acción y por omisión, venal, de conciencia anestesiada por el hábito del delito. La escena truculenta de una maternidad frustrada, con el sadismo más morboso, ha

sido documentada en los estudios sobre morfología de la violencia. El tercero relata la trágica destrucción de un hogar campesino, en el que todo era ingenuo —hasta el nombre de «Guardián», el humilde perro defensor de la casa—; el hombre, después de enterrar a la hija y a la esposa, vivirá marcado a fuego por el odio; su nuevo oficio, de enterrador, con el que figura a lo largo de la obra, parece una exigua compensación de su obsesivo afán de venganza.

Hay una nota de ternura en esta novela: el enamoramiento de Marta, el cual culmina con la entrega, en un cañaveral, al forastero, quien llegó a ganarle primero el corazón.

Finalmente, el forastero desmitifica al gamonal en las riñas de gallos; en tanto que los soldados son acribillados, pues resultó perfecta la coartada de la visita del sacerdote a las guerrillas, planeada por el sepulturero.

El día señalado no describe propiamente escenas del conflicto que nos ocupa, pero éste es el aire que en la novela se respira; por tal razón, para entenderla debemos conocer el contexto histórico de la violencia en Colombia.

Manuel Pacho, de Eduardo Caballero Calderón, relata las peripecias de un curioso personaje, que realiza una caminata de varios días, desde una hacienda llanera hasta el pueblo vecino, con el cadáver de su padre para darle sepultura cristiana.

Comienza con una rápida descripción del asalto por los bandoleros a la casa principal de la hacienda, observado por el protagonista de la novela, orinándose en los calzones, desde las ramas de un mango (véanse pp. 11 y ss.). Y termina con la entrada al pueblo, llevando la carroña a cuestas para que el cura le haga el entierro «con todo lo que se estila para esos casos».

En ocasiones, el autor se desvía de los hechos centrales fabulados para contarnos realidades sociológicas: el relato de un peón a quien asesinos disfrazados de militares «le habían cercenado las vergüenzas con un cuchillo de monte» (p. 156); el formalismo jurídico (p. 185); la táctica de las guerrillas (p. 170); la ineficacia del ejército (p. 175); la ineptitud y avilantez del juez, del comandante, del notario y de los comerciantes a quienes llama «zamuros que remontan el vuelo cuando alguien se lleva el mortecino» (p. 190); aun usos y leyendas folklóricos (pp. 55 y 128). El viejo es el antiguo señor feudal, poetizado y despedido nostálgicamente por Caballero Calderón (véase, especialmente, p. 193).

Por la técnica de hacer el relato: a veces monólogo interior o a veces recurriendo a esa forma media entre narración objetiva y monólogo interior, denominada por los alemanes discurso vivido (erleb-

te Rede) y por los franceses discurso indirecto libre (discours indirecte libre) (17), y hasta por el argumento, se pueden establecer influencias faulknereanas en esta obrita. Quienes hayan leído *Mientras agonizo,* podrían comprobarlas.

El autor conjuga eficazmente los entornos externos y los estados interiores del protagonista; a veces desaparece el narrador, Caballero Calderón, cuando la vivencia existencial de Manuel se presenta de modo directo, por medio del discurso vivido o del monólogo interior (por ejemplo, pp. 116 y 117, en donde se encuentran combinadas ambas técnicas).

La perfecta fusión de recuerdo y presente hace ignorar el tiempo exterior, lo transforma en el tiempo vivencial de Manuel Pacho. Cuando éste marcha solitario por el llano, mientras los zamuros revolotean en torno a la fetidez del cadáver, girones de imágenes del pasado y del presente pasan por su cabeza entremezclándose en una única realidad interior. Este sincretismo de pasado y presente en Manuel Pacho nos hace recordar la teoría de la compresencia existencial del tiempo interiormente vivido, expuesta por Carabellese en *Crítica del concreto,* y por Heidegger en *Ser y tiempo* (18).

La perspectiva del autor, y por lo tanto la nuestra como lectores, se ciñe a la perspectiva del protagonista pero en ocasiones se siente el peso de la mano constructora deteniendo el desarrollo dinámico de la novela. Ese largo recuento de su estadía en el internado de Tunja donde «todo le salía mal, menos lo que hacía en la clase de gimnasia», el enamoramiento de la Maritornes de Sogamoso, el baile y la borrachera en la casa de las señoritas francesas... interrumpen sensiblemente la corriente del relato.

La tesis de la obra, explicada por Caballero Calderón en el epílogo que ha podido servir de prólogo, podría aceptarse pero, tal vez, este relato no nos convence de ella. Ese acto excepcional de Manuel Pacho parece más inútil y grotesco que heroico; además, él no es un hombre común y corriente, sino un engendro muy particular. Para individualizar a su personaje Caballero Calderón acudió al fácil expediente de crear un monstruo: Manuel Pacho tiene «una cabezota cuadrada flanqueada por orejas de murciélago peludas y entorchadas» (p. 31); nuca erizada de cerdas (p. 30); jeta y dientes de caballo (pp. 70 y 135); patas grandotas cuadradas, con los dedos gordos bien despegados por la costumbre de engarzar en ellos los estribos del arco de montar a caballo (p. 33); «manazas de gorila que podían destripar

(17) Véase HEINZ BECKER: «Para un estudio analítico del *Ulises* de Joyce». *ECO,* número 28. Bogotá, agosto 1962.

(18) Véase EUGENIO COSERIU: «El futuro romance», en *Revista brasileira de filología.*

una nuez de coco como si fuera una cáscara de huevo» (p. 94); no sabía ni podía bailar (p. 70); ni podía cantar joropos ni galerones. «Tenía una voz ronca y desapacible como el mugido de un toro que acaba de dejar de serlo» (p. 15); y, por contera, pues «no tenía facilidad de palabra», no podía expresar las imágenes que lo seguían como los zamuros, a los que entretenía echándoles pedazos del cadáver.

Esta novelita, *Manuel Pacho,* vale pero quizá no para lo que el autor se propuso. En todo caso, conviene destacar que Caballero Calderón, en *Manuel Pacho,* tomando una situación característica del realismo social, hace una defensa del ser humano desvalido y amenazado en su propia existencia.

Este relato, como las otras obras que comentamos someramente, se libra de la determinación temporal a que está condenada la literatura meramente testimonial, tan frecuente en las épocas de conflictos sociales intensos.

ALBERTO ZULUAGA OSPINA
Instituto «Caro y Cuervo»
BOGOTÁ (COLOMBIA)